



# Speculum

**V** iernes 18 de diciembre de 1992. El chirriar de unas cadenas interrumpía el silencio de aquel parque solitario. Era Natalia, quien se balanceaba en el columpio con su vestido blanco, el cual, se orlaba con la brisa del movimiento. Su rostro, hermoso y pálido, observaba en silencio a un anciano de 79 años que estaba sentado en una banca frente a ella. Era Arturo. Éste, sacaba un cigarro, mientras observaba pávidamente a la niña. A sus pies había una tela extendida sobre la que se encontraban diferentes tamaños de espejos adornados con madera tallada de ébano.

Arturo no podía dejar de recordar su pasado, encendió el cigarro, y con el primer sorbo de nicotina llegando a sus pulmones, la misma escena se volvió a repetir en sus pensamientos. Recordaba aquél octubre de 1963, cuando regresando del trabajo lo esperaba su hija con los brazos abiertos. Después de haberla llenado de besos, La pequeña le daba un sobre con una invitación que había recibido de la escuela; ambos habían acordado buscar un regalo a la mañana siguiente. Esa noche Isabella, su esposa, había preparado una torta de zanahoria. El ambiente de la casa estaba cálido y perfumado por el alimento servido.

Sin imaginar lo que acontecería, como es habitual en todas las personas, Arturo salió de casa a la mañana siguiente con su hija directo a la plaza a cumplir con la promesa hecha la tarde anterior. Él la llevaba de la mano, el rostro y la sonrisa serena de ambos daba el augurio de ser un día especial. Sin embargo, en el algarabío típico de la plaza y la extravagante oferta de artículos, Arturo quedó embelesado de algunas joyas exhibidas sobre una mesa de madera rústica, y pensaba en lo hermosa que se vería Isabella al ser adornada con semejante piedra preciosa. Fue en ese momento cuando, a causa de una ola de gente, Arturo soltó de la mano a su hija, ésta fue arrastrada sin compasión y sus gritos de desesperación se confundían con los gritos de los vendedores de la plaza.

Por quince minutos Arturo gritó desesperado el nombre de su hija, hasta que la encontró frente a la tienda de espejos. La niña se contemplaba en uno de ellos, el cual tenía una medida exacta de un metro y medio de alto, por un metro de ancho, la madera negra que bordeaba el cristal tenía unas tallas que indicaban ser de la época barroca. La encontró estática, perdida en sí misma...las lágrimas ya se habían secado en sus mejillas. Ahora la niña solo miraba su reflejo en el cristal. Arturo miraba su rostro a través del espejo y ella al verlo, solo dibujó una sonrisa serena; al parecer en nada había afectado la separación momentánea y abrupta de la muchedumbre de compradores.

Arturo, tomó a su hija de la mano y sintió que estaba completamente helada. Supuso que era por el temor

de haberse sentido sola. La cargó, la besó en la mejilla e intentó seguir con el propósito de cumplir su promesa. Sin embargo, al intentar marcharse de la tienda de los espejos, la niña cambió su semblante, y como quien se queja de un fuerte dolor en el cuerpo, lloraba desesperada suplicando al padre llevar el espejo a casa. Arturo, después de varios intentos fallidos para convencer a su pequeña de desistir de la idea, accede a comprar el espejo y solo así la niña marchó del lugar. De camino a casa, notaba a su hija diferente, el frío de sus manos seguía concentrado, la risa había desaparecido, su mirada era fija y profunda, como quien está pensando en solucionar un problema... pero Arturo pensaba que estaba enojada por haberla soltado de la mano. Por eso le preguntaba mientras llegaban a casa:

- ¿estás enojada, pequeña mía?, ¿te han dicho algo en la tienda de los espejos?

Pero estas preguntas solo obtenían el silencio y la indiferencia de la pequeña. Arturo sentía que algo había cambiado en su hija...pero al llegar a casa no contó nada, sino que solo colgó el espejo en la habitación de su pequeña, cuya apariencia intrémula solo incitaba a apartarse en silencio. La madre por su parte, sintió que estaba cansada por el día, e invitó a la pequeña a descansar. Esa noche, todo transcurrió como de costumbre.

Ya en la celebración escolar, Arturo observó cómo el comportamiento de su hija no era el mismo. La veía reír de placer después de haber extirpado un globo con el

tenedor que había usado para degustar el pastel. Cada sonido del globo reventándose se convertía en un chiste que le hacía reírse a carcajadas. Cavilante, Arturo regresaba a casa con la pequeña... ésta permanecía seria, con las manos frías y la mirada fija al horizonte. Arturo sentía que esa no era su hija.

Llegó a casa y la cara de preocupación de Arturo no dejó de inquietar a Isabella. Ésta Preguntó por lo sucedido y Arturo después de contar el comportamiento de su hija, indicó a su esposa que algo había sucedido en la tienda de los espejos. La madre corrió a la habitación de la pequeña para preguntarle lo que había sucedido en la plaza. Al entrar en la habitación, encontró a la pequeña mirándose frente al espejo, embebida de su propia mirada; las ventanas estaban abiertas y el viento movía las cortinas de su habitación. Isabella la tomó de la mano y sintió el frío penetrante en sus palmas, buscó con ligereza una manta y la cubrió mientras la acostaba en su cama, cerró las ventanas y se acostó a su lado.

Arturo estaba en la sala, temblando de espanto y desconcierto; servía una copa de coñac... la empezó a calentar frotándola con sus manos, hasta que exhalara el olor a madera concentrada en el alcohol. Un silencio inquietante y profundo se apoderó de la casa y decidió subir a ver a su hija y a su esposa Isabella. Encontró la puerta entreabierta, la luz del pasillo penetraba el aposento oscuro, entró y vio a su hija parada junto al espejo con la boca y el vestido bañado en sangre... semejante escena hizo que Arturo soltara la copa que

sostenía en sus manos e intrépidamente corrió hacia la cama donde yacía su esposa. Descubrió la cobija en la que estaba envuelta y la encontró profundamente dormida. Despertó de inmediato a Isabella para que viera la actitud de la niña.

La pequeña señalaba con su dedo índice al espejo, su mirada seguía fija. Isabella se levantó con premura a encender la luz de la habitación y encontró al gato abierto por la mitad en una esquina del aposento. Al lado del gato, estaba el tenedor de la fiesta ensangrentado con las vísceras del felino. Sin poder soportar la escena, Isabella salió de la habitación caminando de espaldas, cubriendo su boca por el asombro que le había causado aquella imagen de su pequeña; sin notar los escalones de la escalera resbaló por ellas y perdió la vida.

Arturo sin saber qué hacer, solo se dirigió al espejo, vio al interior de cristal la imagen de su hija atrapada, gritando, llena de lágrimas y temor, mientras que el espectro con la apariencia de su pequeña estaba de pie, muda y rígida mirando aquel espectáculo; quien al notar el desespero de Arturo por ver a su verdadera hija atrapada en el espejo, solo sonrió de placer.

Arturo, queriendo recuperar a su hija, tomó la silla del escritorio y arremetió contra el espejo para que su hija fuera liberada de la cárcel de cristal, sin embargo, al caer los fragmentos del espejo, el espectro soltó una carcajada tan espeluznante y de victoria, que al instante empezó a lamer sus labios. Y mirando a Arturo le dijo: - “de ahora en adelante yo seré tu pequeña, tu

Natalia". Han pasado 29 años y desde entonces aquel engendro vive en casa de Arturo...esta Natalia no volvió a crecer, ni a sonreír. Arturo, sin acostumbrarse al espectro y al dolor, saca todos los días al parque los fragmentos del espejo para sentir a su verdadera hija cerca, mientras aquel terrorífico personaje lo sigue en silencio hasta el lugar. Arturo siempre enciende un cigarro y con el primer sorbo recuerda aquel octubre de 1963 y la forma de acabar con ese espectro.